

EL PALACIO DEL ESCORIAL.

CAPÍTULO XVII.

MADRID.

El Jardín Botánico. — Palacio Real. — Hospital general. — El Escorial. — Panteón de la familia real.
— Habitación de Felipe II. — La Casa del Príncipe. — Carácter español.

12 de Julio.

En la mañana estuve en el Jardín Botánico, situado al Oriente de la ciudad y que da frente al paseo del Prado: es pequeño y nada tiene de notable. Al salir de él me encontré á los dos francotes y ruidosos Españoles y á la amable joven que fueron mis compañeros de viaje de Ávila á Madrid, y pasé con ellos un rato de cordial conversación.

Por la tarde estuve en la Fuente Castellana, llamada también « Las Delicias de Isabel II », paseo que nada tiene de particular, situado al Nordeste de la población, á continuación del Prado de Recoletos.

Por la noche visité el Teatro y Circo del Príncipe Alfonso: Teatro de verano regular. Vi la Zarzuela « El Barberillo de Lavapies », ejecutada por una buena compañía.

15 de Julio.

Visitar el Palacio Real, situado en la parte occidental de la ciudad, inmediato á la estación del ferrocarril del Norte, fué mi primera ocupación en este día.

Su arquitectura recuerda un tanto al palacio nacional de México, tiene un aspecto nada elegante, y su único mérito es la solidez.

Forma un cuadrado de 132 metros de cada lado, y sus paredes son de altura diferente por lo desigual del terreno.

En el interior llaman la atención las escaleras cuyos peldaños son de mármol negro y blanco de una sola pieza; el salón de embajadores, tapizado de terciopelo carmesí, con soberbios espejos y magníficas arañas de cristal de roca; y la capilla, bellísima y muy rica, aunque los conocedores la tachan de estar demasiado recargada de adornos.

Fuí después al Teatro de Apolo, que es pequeño, pero de buen gusto; á la calle del Turco, en la que asesinaron al general Prim; vi aún en una de las paredes los agujeros que hicieron algunas de las balas que le fueron disparadas.

Visité el Hospital General, mandado construir por Felipe II, edificio inmenso, situado en la parte oriental de la ciudad, al fin de la calle de Atocha.

Uno de los empleados tuvo la amabilidad de conducirme á todos los departamentos y sólo diré que me pareció algo sucio y desaliñado.

Quedándome aun desocupada una parte del día, fuí á dar una segunda vuelta al Museo de Madrid, con objeto de ver el departamento consagrado á la escultura, y en el que hay un grupo de mármol de Daoiz y Velarde, por *Sola*: tres estatuas de bronce representando á la hija, á la hermana y á la esposa de Carlos V, y otro grupo también de bronce « Carlos V encadenando el Furor ». Hay allí expuestos vasos etruscos, mosaicos, bustos y mesas incrustadas de piedras preciosas.

Puede decirse que este departamento de escultura del Museo es pobre por el poco número de objetos, pero lo poco que hay es bueno.

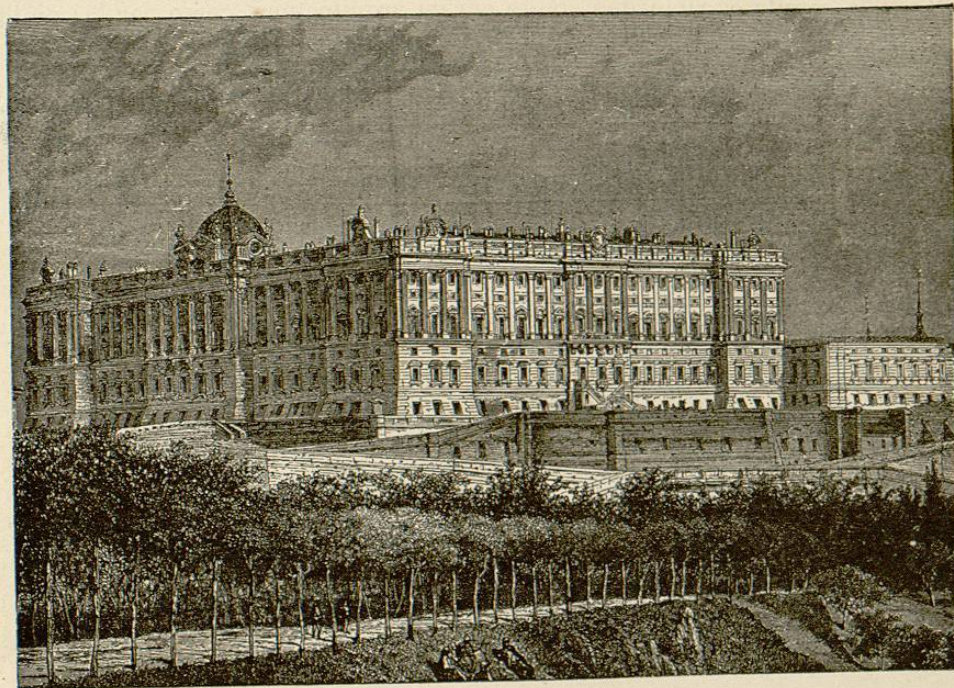
Y por fin di otra vuelta al Jardín Botánico y visité su Museo del Pacífico, departamento bien curioso.

14 de Julio

He pasado el día visitando el Escorial, á 40 kilómetros al Noroeste de Madrid, edificio monumental, construido en la falda de los Carpetos, montes pelados y tristes, y en un terreno peñascoso y árido.

Este edificio grandioso en sus proporciones, sombrío en su aspecto, desconsolador por sus alrededores, representa de una manera admirable el carácter tétrico de Felipe II, su fundador.

El monasterio del Escorial es á la vez convento, iglesia y palacio.



MADRID. EL PALACIO REAL.

Fué edificado por el monarca antes citado, en 1565, en recuerdo de la batalla de San Quintín y para cumplir un voto á San Lorenzo en cuya fiesta consiguió España aquella victoria, por lo que se dió á este monumento la forma de una parrilla.

Los Españoles le tienen por la octava maravilla del mundo artístico. Si en el siglo XVI se tuvo tal pretensión, lo que es en la actualidad, sería injustificable.

El edificio todo es de granito, y por su solidez parece una fortaleza. Es obra de los arquitectos Juan Bautista de Toledo y Juan de Herrera, quienes tuvieron que plegarse al gusto del excéntrico monarca que lo fundó.

La fachada principal mira al Oeste.

Presenta dos soberbias portadas, por una de las cuales, y atravesando un vestíbulo, se entra en la iglesia, que es de tres naves, sostenidas sus bóvedas por cuatro machones cuadrados, de ocho metros de cada lado: su piso está embaldosado de mármol blanco y gris. Al extremo de la nave central se halla la capilla mayor, cuyas paredes y altar mayor están revestidos de preciosos mármoles de

distintos colores, y en la que hay dos soberbios monumentos de bronce: el de la derecha representa en un grupo á Felipe II, á sus 1.^a, 3.^a y 4.^a esposas, las reinas María, Isabel y Ana y al infante Don Carlos; el grupo de la izquierda representa á Carlos V, la emperatriz Isabel, la infanta Doña María, hija de ambos, y las infantas María y Leonor, hermanas del Emperador.

Toda la capilla es riquísima, tanto por su arquitectura, como por las pinturas, esculturas y adornos.

El coro está rodeado por sillas primorosamente talladas y de madera muy fina. En uno de los extremos, se ve la silla que solía ocupar Felipe II. En el centro de ese coro está un gran facistol con un libro de un metro de largo y encima de las sillas de los lados se elevan dos grandes órganos.

En la sacristía, cuyo altar de la Santa Hostia presenta un soberbio cuadro de Claudio Coello, están varios armarios de maderas preciosas y vidrieras conteniendo los ornamentos del templo, y los relicarios, candelabros y cálices.

A un lado del coro está una pequeña capilla en la que se admira un Cristo de mármol blanco, de Benvenuto Celini; ésta es para mí la gran joya del Escorial.

En esta capilla se ven los libros que se ponen en el gran facistol. Son en número de 218, todos de un metro de longitud; sus hojas son de pergamino, con escritura tan limpia y delicada que se tomaría por litografía. Contienen en sus páginas, algunos de ellos, viñetas é ilustraciones en miniaturas que los inteligentes alaban sobre manera, y que revelan la suma paciencia y el sobrado tiempo de que disponían los monjes encargados de esta clase de tareas, y sus nada comunes conocimientos artísticos.

¡Cuántos centenares de hombres habrán agotado su salud y pasado su vida entera en pintar las letras de estos libros, que hoy serían materia de unos cuantos días de trabajo en nuestras imprentas!

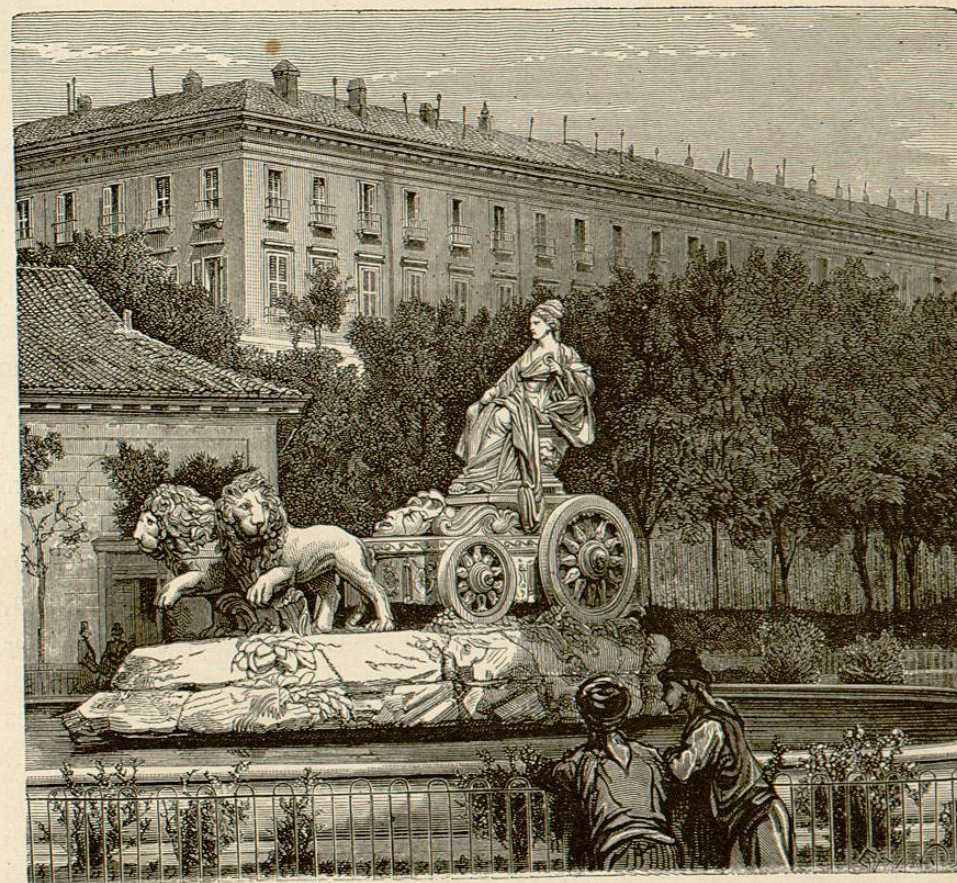
Bajo el altar mayor de la iglesia, está el Panteón destinado á dar sepultura á los miembros de la familia real.

Se baja á él por una escalera de mármoles de colores que hay en la Sacristía.

Como á la mitad de esa escalera hay un descanso: allí se ve una puerta siempre cerrada, que da entrada á una sala en la que se depositan los regios cadáveres el día de sus funerales, y se dejan hasta que se desecan ó medio consumen para colocarlos definitivamente en el Panteón. A esta sala se la llama el *Pudridero*: palabra grosera y repulsiva, aunque de significación harto clara, que al mismo tiempo que cae como latigazo sobre las testas coronadas de España, ofende el estómago de los que la oyen pronunciar.

Siguiendo la escalera, se desciende al Panteón, que es una pequeña sala octógona ocupada en seis de sus lados por cuatro filas de nichos sobrepuestos;

estos nichos están separados por columnas truncadas de mármol, y cubiertos con lápidas de la misma piedra, de distintos colores, y con adornos de bronce dorado.



MADRID. LA FUENTE DE CIBELES.

No se puede negar que el Panteón es muy rico; pero yo no sé que clase de impresión repelente se experimenta en él. Quizá lo reducido de su tamaño contribuya á causar ese efecto. En general las tumbas de los monarcas construídas en el interior de las iglesias, y en las que los principales adornos son mármoles y metales de más ó menos valor, tienen el mismo carácter. Con excepción de la de Napoleón Bonaparte, cuyo mayor adorno consiste en estar cobijada por el ángel de la gloria, las demás son frías y sólo inspiran pensamientos tristes.

Y es que no puede haber poesía sin vida. Una simple sepultura á la sombra de un sauce, ó á la orilla de una murmurante fuente, será mil veces más bella y atraerá más al transeunte que las profusas riquezas de los sarcófagos reales.

La tumba de Lola Montes, la barragana del Rey de Baviera, en Brooklyn, y la de Eloisa y Abelardo en el Padre Lachaise, ambas al aire libre y perfumadas por las humildes florecillas que crecen á su lado, son un manantial de inspiración y de poesía; y no se aparta uno de ellas, sino contra su voluntad y prometiéndose volver á verlas.

No sucede así con las tumbas de los reyes: se va á ellas por curiosidad, así como se va á los anfiteatros anatómicos, á ello nos mueve sólo el deseo de saber, aunque la permanencia en una y otra parte sea nada grata.

Esto se debe á que en los panteones reales, todo el embellecimiento se lo confían al arte, prescindiendo de la naturaleza, única que engalana y mitiga un tanto la glacial tristeza de un sepulcro.

En Guadalajara (México) recuerdo haber visto en el cementerio de Belem, fijados los retratos de los finados en las lápidas de sus nichos: retratos de fotografía ó de pincel que los representan como eran en la sociedad, cuando gozaban de salud y de vida.

Esta piadosa práctica me agradó muchísimo. Sobre la ventaja que ofrece al visitante de un cementerio, de que al dirigirse á una tumba, se encuentra no con el terrible silencio de un sepulcro, sino con un ser, con quien entenderse, aunque sea moralmente, podría decirse; representa además la imagen del objeto llorado, cuyos vestidos, alhajas y maneras dan á conocer su educación, sus inclinaciones, sus tristezas ó alegrías y el rango que ocupaba en la sociedad.

A la vez que visitaba yo el Escorial, lo hacían quince ó veinte Españoles y extranjeros que llegaron de Madrid en el mismo tren.

Luego que salimos del Panteón, fuimos conducidos por un cicerone al convento, otra de las partes del edificio, y en el que sólo hay de notable la Biblioteca muy rica en obras impresas y manuscritas. Entre las primeras, nos llamó la atención un volumen en que están contenidos los cuatro evangelios en letras de oro, y un libro de oración que se dice perteneció al emperador Carlos V. Hay también en el Escorial un Colegio y un Seminario, que sólo merecen mencionarse.

Fuimos por último llevados al palacio, que ocupa otra parte del edificio, y en el que sólo son notables unas piezas llamadas de *Maderas Finas*, porque sus pavimentos, techumbres, puertas y ventanas, están formados de maderas preciosas y son una obra notable de ebanistería, incrustación y taracea.

Entre los salones hay uno llamado de *Las Batallas*, porque en sus paredes hay frescos representando las expediciones á las Islas Terceras, bajo Felipe II, la batalla de San Quintín y la toma de esta ciudad, así como la famosa batalla de Higuera. Es uno de los más notables del palacio.

Pero lo que se muestra de más original en él, es un departamento bajo, en

que están las piezas que habitaba y en las que murió Felipe II. Estas piezas consisten en una sala, blanqueada con cal, enteramente desmantelada y que recibe la luz por una sola ventana; y dos alcobas que comunican con esa sala, cada una por una puerta que sirve también para que les entre alguna luz, y que estaban destinadas, la una para dormitorio y la otra para gabinete de trabajo y pieza de oración; de ella por medio de una pequeña ventana, ese fanático rey podía ver los sacerdotes que oficiaban en la iglesia inmediata. En esas alcobas se ven los muebles que usaba aquel monarca y la silla en que descansaba su pierna mortificada por la gota.

Con decir que un simple sastre de provincia usa en la actualidad de más confort y lujo en su humilde habitación, daré una idea de la morada de aquel excéntrico monarca.

De mí sé decir, que la impresión que esas piezas me hicieron se semeja á la de los cuartos húmedos y fríos de un hospital mal atendido.

Salimos luego del Escorial, y al verme fuera, hice una inspiración con todos mis pulmones; parecía que de mi pecho se había quitado un gran peso.

La impresión de abatimiento y disgusto que experimenté en el interior de aquel monumento, fué mayor que cuando visité la Torre de Londres. En ésta, el abigarrado vestido de los guardianes, que forma un curioso anacronismo, la vista del armamento del ejército y los recuerdos de las poéticas mujeres sacrificadas en este recinto, comunican algo de romanticismo á tan fatídico lugar. Pero en el Escorial, sólo hay que recordar á entristecidos monjes, á reyes sepultados en comprimidas gabetas y al excéntrico monarca fundador del edificio, que por monomanía religiosa, pudiendo ser el más feliz, era el más desgraciado de sus contemporáneos.

Sobre todo, en el interior de la Torre, lo que se teme es resbalar en tanta sangre; en el Escorial se comprime el pecho, desfallece el corazón, y como en la visita á un maniconio, el cerebro se ve amenazado.

Los tiranos, los déspotas sólo asesinan el cuerpo; los fanáticos matan el espíritu y degeneran á los pueblos por generaciones y más generaciones.

Centenares de años han pasado desde que existió Felipe II; las naciones de Europa, hasta la misma Italia, han entrado de lleno en la ancha vía de la regeneración y la reforma; y aun se ven en una parte de España á taimados, embrutecidos carlistas, que con escándalo del mundo entero, fusilan en masa y sin piedad á Españoles, sus hermanos, porque no son tan ignorantes y fanáticos como ellos.

No bien salíamos de aquel edificio, cuando uno de los visitantes nos invitó á que fuésemos á la Casa del Príncipe, llamada también pabellón de Carlos IV, que está poco distante del Escorial y en la que en miniatura se encuentran todas las bellezas y suntuosidad de un palacio real. Es un pequeño museo de pintura, mosaico y escultura.

Así como después de haber asistido á una de esas tragedias, en que contra nuestra voluntad, el corazón queda hondamente lastimado, nos es grato ver representar algún sainete lleno de juguetonas ideas é ingeniosos pensamientos, la vista de la Casa del Príncipe mitiga un tanto la desconsoladora impresión producida por el Escorial.

A alguna distancia de aquel lugar, hay entre un bosque de castaños y sobre una altura, una roca tajada en forma de asiento, llamada la silla de Felipe II. Se dice que desde ese lugar presenciaba aquel monarca los trabajos de la construcción del Escorial.

Á poco rato dejé á mis compañeros de paseo, y me vine al pueblo del Escorial, inmediato á la estación del ferrocarril, á esperar la salida del tren.

Como aun podía disponer de más de una hora, me fuí á vagar por las tristes y solitarias calles de aquel pueblo, que con sus cercados y casas bajas de piedra me recordó á nuestras pequeñas aldeas de Nuevo León y Tamaulipas.

Estaba parado en una esquina, en espera de algún frutero, para comprarle algo que apagara mi sed, pues serían las tres de la tarde y el calor era intensísimo, cuando se acercó á mí un Español, como de unos 45 años, y que por su vestido y sus maneras rústicas y sencillas revelaba ser nativo de aquel pueblo.

Preguntóme que si había venido á visitar el Escorial, y habiéndole respondido afirmativamente, me dijo: «Vamos á una casa aquí cerca á tomar un poco de vino para refrescarnos; yo lo pago.»

La invitación era tan candorosa, franca y natural, que la acepté sin vacilar.

Entramos en una taberna en donde había siete ú ocho bebedores, ya de *punto*. Uno de ellos tocaba un bandolón, y los otros cantaban con ese descuidado y alegre acento que inspira Baco.

Desde que llegamos, suspendieron sus sonatas para saludarnos y tomar con nosotros. Aquí el vino no se sirve en vasos sino en jarras.

El dueño del expendio nos ofreció junto con el vino tinto algunos pescados ya cocinados que acababa de recibir. Los demás hicieron los honores al pescado, antes de probar el vino; yo me limité á este último, pues lo que sentía era mucha sed.

Quise pagar lo consumido, pero mi acompañante estuvo á punto de reñir conmigo. El valor era de unos cuantos cuartos. El buen vino es tan barato en los pueblos y aldeas de España, que si alguien llega á una casa á pedir un vaso de agua le traen vino, y tienen gusto en ello, porque el vino está á la mano, mientras que habría necesidad de ir al arroyo por el agua.

Al salir de la taberna, el buen hombre insistió en llevarme á su casa para presentarme á su esposa y á sus hijas, y quería me quedase con ellos dos ó tres días, ofreciéndome que comida, vino y cama, todo lo tendría sin que me costara nada.

No me era posible aceptar esta invitación, que me hubiera dado oportunidad de observar las sencillas é ingenuas costumbres del pueblo español, hospitalario



ALDEANO DE LOS ALREDEDORES DE MADRID.

por naturaleza, pero agradecí en el alma el ofrecimiento de aquel hombre que en sus incultas maneras y lenguaje me mostró un corazón de oro.

Llegóse la hora del tren, me despedí de aquel excelente hombre y volví á Madrid al oscurecer.

Más tarde concurrí al teatro de verano, llamado también de Rossini, que está situado en medio de los jardines de los Campos Elíseos y en donde encontré una numerosa y selecta concurrencia.



MULETERO ESPAÑOL.



BAILARINA ESPAÑOLA.

CAPÍTULO XVIII.

MADRID.

La Armería. — Las Caballerizas Reales. — Academia de San Fernando. — Palacio del Senado. — Palacio de las Cortes. — El general Ramón Coroná, Ministro de México. — Las Salesas Reales. — Templo de Atocha. — Sepulcro del general Prim. — Museo Antropológico. — Chocolate en Madrid. — Orchata de Chufas.

15 de Julio.

Hoy estuve en la Armería, edificio que se levanta al Sur de la plaza del Palacio Real. Hay en ese local multitud de curiosas y riquísimas armaduras, notables tanto por los personajes á quienes pertenecieron, como por los artísticos adamasquinados de que están adornadas.

Una cosa me sorprendió sobre todo: el peso de esas armaduras. Los que las portaban debían de ser hombres robustos y de constitución privilegiada para soportar semejante peso. Nuestra actual generación, para algunos degenerada, sería incapaz para llevarlas y mucho menos para utilizarlas en los momentos de un combate.

Cosa de 2,500 armas y piezas de armadura existen en la Armería.

Llaman la atención: la espada de Hernán Cortés, la hoja de Toledo del Conde de Olivares; la de Gonzalo de Córdoba, el Gran Capitán; la imitación